

Lo formal y lo real: Posibilidades y peligros para la sociolingüística

OSCAR URIBE-VILLEGAS

0. INTRODUCCIÓN

En este breve artículo, trataremos de mostrar cuáles son algunas de las incitaciones que obran sobre la sociolingüística, en forma directa o a través de la lingüística practicada al modo tradicional, tanto desde el ángulo de disciplinas formalizantes como la matemática, como desde el de disciplinas realistas como la antropología (científica, no filosófica) que abarca tanto los aspectos psicológicos como los sociales y culturales que se entrelazan en el concepto de "mentalidad". Estas incitaciones ejercen sobre el sociolingüista unos estímulos muy poderosos; pero, también, lo rodean de peligros insoslayables. Tanto para subrayar los unos como para precaver en contra de los otros, es conveniente que se revisen —como hoy lo intentamos— algunas de las discusiones sobre la materia.

1. LA ATRACCIÓN FORMAL DE LA MATEMÁTICA SOBRE LA LINGÜÍSTICA

Una de las discusiones más apasionantes del Décimo Congreso Internacional de Lingüistas, al que asistimos en Bucarest en 1967, fue la que giró en torno del informe presentado por la profesora Olga Ajmánova, de Moscú, acerca de "La Lingüística y el Enfoque Cuantitativo".¹

En el cuerpo de su estudio, Ajmánova se refirió a la oposición que existe entre los lingüistas más jóvenes de nuestro tiempo, "que blanden matrices y algoritmos",² y los más viejos, que dependen de uno de los varios métodos alternativos del matemático, o de su combinación (métodos tradicionales, subjetivos, mentalistas). En referencia más concreta, aludió a la polémica entre unos y otros, que —poco tiempo antes— había publicado *Voprosy Jazykosnanya*.

Para abrir la discusión, Ajmánova señaló que si bien el adjetivo "cuantitativo" se asocia con la matemática, ya es tiempo de superar la

concepción que establece una sinonimia entre “lingüística matemática” y “enfoque cuantitativo de la lingüística”.

Lo cuantitativo y lo matemático —recordó la lingüista soviética— *no* son sinónimos: hay, *por lo menos*, dos variedades de matemáticas: la cuantitativa y la no cuantitativa. Pero —especialmente en relación con sus aplicaciones lingüísticas— la matemática tiene que reconocer que, antes de cuantificar, tiene que “cuantizar” el continuo del habla; que *antes* de poder *estudiar la frecuencia* y la carga funcional de las partes que componen el habla, hay que *identificar* esas partes; que hay que romper el continuo; que hay que cuantizarlo; que hay que segmentarlo, que hay que transformarlo en “cuerdas” o “cadenas” de unidades discretas.

Ajmánova piensa —además— que, si se procede con cuidado, el enfoque cuantitativo tiene que revelar su enorme importancia; que, por principio de cuentas, la tiene porque, para que sea posible, el lingüista tiene que presentar, *en forma explícita*, sus unidades y las relaciones que ligan a estas unidades.

Indica —también— que, en tanto la categoría de “identidad-diversidad” permite ciertos análisis lingüísticos en niveles puramente formales, esa distinción no basta cuando se pasa a estudiar los contenidos; cuando hay que hacer estudios en los que intervienen los significados. Según ella afirma:

“En general, se observa que la cuantización se convierte en un problema insoluble cuando se trata del significado de los morfemas, de las palabras y de los equivalentes de las palabras, o del propósito de las expresiones”.³

La dificultad no es sólo matemática; también lo es lingüística, ya que, en esta materia, se sigue pensando —de acuerdo con Ajmánova— en términos de puro descriptivismo lingüístico, y ese descriptivismo es inadecuado para la cuantificación. Ella piensa que: 1) esto no impide reconocer que si bien la dificultad existe, no autoriza para adoptar la postura de quienes descartan —por imposible— la aplicación matemática al estudio del significado, y 2) considera que es preferible la actitud de quienes siguen tratando de conseguirlo. A ese respecto, señala que algunos lingüistas han contribuido a la resolución del problema al través de la ruptura que hacen de las palabras en sus componentes últimos o “semes” (es decir, lo que logran gracias a la descomposición de las palabras en sus unidades significativa fundamentales).

En la discusión subsecuente, la lingüista rumana Tatiana Slama-Cazacu coincidió con la ponente en lo que se refiere a la aplicación de la matemática a la lingüística. En ella nos encontramos, según esa estudiosa, en una encrucijada de la historia y, conforme a su opinión personal, esa incidencia de la matemática en la lingüística debe de producirse tanto en el campo teórico como en el aplicado.

Para Slama-Cazacu⁴ también es necesario estar alerta en contra de la

pan-matematización de la lingüística, en cuanto matematizar la lingüística es posible y legítimo si se satisfacen dos condiciones: 1) la de respetar, simultáneamente, otros enfoques del fenómeno lingüístico (psicológicos, sociológicos, literarios) y 2) la de reconocer —al operar la matematización— que a) se está trabajando con un fenómeno humano y b) que esto impone un tratamiento diferente del que se aplicaría en caso de que el fenómeno no fuese humano.

Pero, para la propia lingüista rumana, es halagüeño el porvenir que avisa para la lingüística matemática, que comparte, en esto, la perspectiva de otras “ciencias de frontera” (que nosotros preferimos llamar “interdisciplinas”). A pesar de eso, no deja de reconocer que la matematización de la lingüística corre dos riesgos: 1) el que procede de aquellos matemáticos y lógicos que no entienden cuál es el carácter especial del lenguaje, y 2) el que proviene de aquellos lingüistas que carecen de una sólida formación, pues éstos pueden caer víctimas de un imperialismo matemático indeseable (que los mejores, tanto de entre los matemáticos como de entre los lingüistas, saben evitar).

Slama-Cazacu piensa que hay que preparar a los estudiosos “desde su cuna académica” para la colaboración interdisciplinaria: que hay que hacer que conozcan —en plenitud— una de las dos disciplinas, pero que también estén informados —por lo menos en grado suficiente— de la otra. Indica que hay dos necesidades: 1) del lado de la lingüística, la necesidad de entender que no basta con presentar hechos lingüísticos únicos, así como las generalizaciones que hayan sido obtenidas por un único lingüista, sino que, a) hay que realizar estudios estadísticos de los hechos lingüísticos y b) lograr que colaboren en ellos estudiosos de formaciones diversas, y 2) de lado de la matemática; la necesidad de reconocer que la lingüística requiere de un utilaje matemático cada vez más fino, más flexible, más dinámico, para que —así— pueda quedar sin justificación una crítica como la hecha por George Miller, quien aseguraba que “en el estilo hay mucho que no pueden aprisionar las redes estadísticas”.

Spitzbardt, de Alemania, reconoció —por su parte— la necesidad de que colaboren los lingüistas y los matemáticos,⁵ pero señaló —también— que, para que un estudio o una investigación sean auténticamente lingüísticos, se requiere que (usen o no de la matemática, y empleen o no otros métodos) estén, al principio y al final, bajo la responsabilidad directa de un filólogo o de un lingüista; de alguien capaz: a) de plantear el problema lingüísticamente y b) de interpretar lingüísticamente los resultados de unas elaboraciones matemáticas que —en la porción intermedia— habrá orientado, instrumentado, llevado a buen término, un matemático.

R. Chakrabarty, un lingüista hindú, supo poner de relieve esa necesidad de colaboración entre la lingüística y la matemática,⁶ en cuanto indicó que el lenguaje está constituido por muchos elementos que el

lingüista tiene que clasificar: a) por sus caracteres propios, b) por sus patrones de distribución, c) por las influencias que reciben y d) por las que ejercen sobre los otros elementos del lenguaje, así como que esos elementos —por ser numerosos— tienen que ser manipulados —también— mediante operaciones matemáticas.

Spitzbardt, 1º) aludió al hecho de que la distinción entre cualitativo y cuantitativo no es tan sencilla como parece, y 2º) subrayó que dentro de lo cuantitativo caben lo continuo y lo discreto; indicó: a) que el lenguaje es un continuo al que el lingüista tiene que imponer ciertas categorías; b) que gracias a la imposición de esas categorías, obtiene el lingüista unidades discretas; c) que la ruptura del continuo hablado tiene que apoyarse en la lógica matemática y que, d) en sentido manipulativo, las distinciones apuntadas tienen su correlato en el uso de las computadoras digitales y de las analógicas.

Miclau, de Rumania, piensa que los hechos lingüísticos —como todos los demás fenómenos— presentan un aspecto cuantitativo; pero que la cantidad no agota el hecho lingüístico, ya que éste tiene también referencias socioculturales (o que, como él dijo, “contrasta en ese hecho la elementalidad de sus fenómenos materiales con la complejidad de sus manifestaciones espirituales”).⁷

Pero, en forma que roza la paradoja, el propio Miclau afirma que los estudios cuantitativos no deshumanizan a la lingüística y piensa —más bien— que “es una falta de respeto la que consiste en hablar vagamente, de modo impresionista, de los hechos humanos”.

Nuestra exégesis es ésta: para Miclau, en materia lingüística la matematización *es indispensable, pero no es suficiente*. A partir de impresiones y de hipótesis más o menos vagamente definidas hay que encaminarse al logro de ese mínimo matematizado; pero, de ese mínimo en adelante, por enriquecimiento —mediante el uso combinado de otras técnicas y de otros enfoques— se pueden y se deben alcanzar niveles más altos. La cuantificación no es la alternativa sino el segundo paso de un proceso en el que la identificación cualitativa (estricta, rigurosa) tiene que ser el primero.

En este punto, hay que recordar las aportaciones de Lefebvre.⁸ Este sociólogo y filósofo francés ha señalado —en efecto— que, en diversas ciencias se están produciendo dos procesos que si bien son opuestos, también son complementarios: que mientras uno de ellos reduce un fenómeno a su porción medular, esencial, imprescindible y, así, esquematiza la realidad (*el Homo oeconomicus*, por ejemplo, es un esquema de hombre que no existe en la realidad, pero que, *si existiera*, buscaría obtener resultados iguales con medios mínimos, sin atender a consideraciones emocionales o pasionales, o a requerimientos éticos y jurídicos); el otro proceso, después de haber trabajado con el esquema obtenido por el primero (y de haber podido trabajar con él por su simplicidad misma) reintegra los elementos eliminados, para ver cómo se produce en realidad

el fenómeno (para ver cómo obra, en el ejemplo, no el Hombre económico, sino el hombre “puro y simple”, de carne y hueso que es —desde luego— más complejo y difícil de manejar que esa esquematización suya). Con ello, como comprende el sociólogo no se está muy lejos de las prescripciones metodológicas weberianas: del rejuego entre los tipos ideales y las situaciones concretas que se observan en la realidad.

En materia lingüística, fue el ginebrino Ferdinand de Saussure, quien realizó la reducción correspondiente al separar los hechos de la lengua (fenómeno lingüístico en sentido estricto) de los hechos del *habla* (fenómeno sico-socio-lingüístico, en sentido lato) al reducir, así, el mensaje (*complejo*) al código (*simple*).

Esa reducción (como es fácil comprender) facilita la aplicación de la matemática a la lingüística; pero, como reconoce Miclau, tropieza aún con el problema de que la lingüística (a pesar de la misma reducción saussuriana) sigue careciendo, en varios sectores, de definiciones exactas. Esto dificulta también —en forma mediata— el uso de las computadoras en lingüística y, lo dificulta, más aún, en sociolingüística.

Glinz (otro profesor alemán, que ya había hecho aportaciones a este campo, desde el congreso de Oslo, octavo de los lingüistas, realizado diez años antes) reconoció que la lingüística tiene que llegar a ser una disciplina matematizada, y señaló que el lingüista matemático debe de colaborar con el lingüista empírico-experimental en la misma forma —con la misma intimidad— con la que coopera el físico teórico tanto con el físico experimental como con el ingeniero: con el investigador y con el técnico.⁹

El búlgaro Ludskanov (especialista en traducción automática) subrayó: 1) la necesidad de definir claramente qué es lingüística cuantitativa y 2) la de distinguir dos tipos de investigación lingüístico-matemática pues hay uno que se apoya en métodos matemáticos preexistentes y existe otro que está constituido por aquellas investigaciones (propiamente de matemáticas aplicadas) que tratan de descubrir nuevas técnicas matemáticas; que buscan técnicas que se adecúen mejor que las ya existentes a la naturaleza peculiar de su objeto lingüístico.¹⁰

También marcó Ludskanov que es indispensable explicar que la matematización no tiene por qué deshumanizar a la lingüística; que esa deshumanización no se produce si se practica con el cuidado debido, y que hay que reconocer que el uso de los “ordenadores” (de acuerdo con la terminología francesa) resuelve —en lingüística— unos problemas, pero abre —por el otro lado— unas nuevas interrogantes —muy profundas— acerca de la naturaleza misma del fenómeno lingüístico.

Garvin, de Estados Unidos de América, incidió en uno de los puntos de la intervención de Ludskanov cuando indicó que no basta con tomar una técnica matemática reconocida (aunque nosotros creemos que, en los casos más simples, esto también es posible y deseable) sino que los

métodos (matemáticos, en el caso) *tienen que relacionarse orgánicamente con la naturaleza del objeto de estudio* (lingüístico, en esta conexión) ¹¹

Como es natural, una de las intervenciones más interesantes —dentro de esta discusión— fue la de un matemático: Salomón Marcus, del Instituto de Matemáticas de Bucarest, quien, a las incitaciones de los lingüistas para que alguien respondiera a sus necesidades patentes y latentes, respondió con una exposición sobre las posibilidades que la matemática tiene de satisfacerlas.

Marcus indicó ¹² que así como hubo, hasta el siglo XIX, unas matemáticas pre-estructurales, en el XX hay ya una matemática de las estructuras, gracias a las aportaciones que hizo Nicolás Bourbaki. Este cumple, en su disciplina, el papel que Saussure y Bloomfield cumplieron en la lingüística, cuando establecieron una lingüística estructural. El paralelismo se convierte, ahora, en convergencia y —naturalmente— acaba por producir una posibilidad de colaboración entre las dos disciplinas estructurales: la matemática y la lingüística modernas.

Marcus señaló, después, que son cuatro los tipos posibles de matemática: cuantitativos o numéricos, en cuanto lo numérico puede ser discreto o continuo (números naturales vs. números reales) y, también, o matemáticas deterministas o matemáticas aleatorias. Así habría matemáticas: 1) discretas y determinativas, como la aritmética; 2) discretas y aleatorias, como la teoría de las probabilidades; 3) continuas y deterministas, como el antiguo “análisis infinitesimal” y 4) continuas y aleatorias, como la teoría de las probabilidades continuas.

A eso subsiguio en la exposición de Marcus, un despliegue de las posibilidades que esa clasificación cuatripartita tiene para la lingüística, pues puede haber: lingüística cuantitativa: 1) discreta y determinista, 2) discreta y aleatoria, 3) continua y determinista y 4) continua y aleatoria. Algunas de esas posibilidades han comenzado ya a ser exploradas en estudios como los de Harary y Paper que definen parámetros para el análisis sintagmático cuantitativo; de Guiraud, Frumkina, Herdan y Pietrowski sobre lingüística aleatoria discreta; los de Ungeheur, Flanagan, Iri y Kondo sobre fonética y los de Benzecri sobre lingüística cuantitativa continua aleatoria. El expositor mostró que los estudios de lingüística matemática continua resultan mucho menos frecuentes y mucho más difíciles, actualmente, que los consagrados a la discreta.

Marcus juzgó, también, que es necesario reemplazar lo “cualitativo” por lo “estructural” y que, en cuanto a la probabilidad, hay que reconocer que, en cuanto en matemáticas estructurales es una medida, lo que corresponde a lo cuantitativo, “los modelos algebraicos de gramáticas (generatrices o analíticas) serían ejemplos típicos de estructuras cualitativas”.

Como puede observarse por estas brevísimas anotaciones sobre el informe de Olga Ajmánova y sobre la discusión subsecuente consagrada a examinar las aplicaciones de la matemática a la lingüística, el trata-

miento fue —en algunos de sus puntos— esclarecedor, así haya tenido que moverse, en buena parte, en altos niveles de abstracción, en virtud de que, si bien los recuentos lingüísticos son muy antiguos, el enfoque matemático de la lingüística es —en puridad— muy reciente, y aún no se explora sino en sus más inmediatas posibilidades.

2. EL IMPULSO QUE EL ESTUDIO DE LAS VISIONES DEL MUNDO BRINDA A LA SOCIOLINGÜÍSTICA

En las conferencias sobre las interrelaciones del lenguaje y los otros aspectos de la cultura, los participantes se movieron en dos niveles de abstracción: el concreto y particular de las hipótesis de Whorf sobre el hopi y su metafísica implícita, y el abstracto y general de sus implicaciones para la teoría lingüística. Al captar las limitaciones de los métodos disponibles para este tipo de investigación, esbozaron los que, a la larga, pueden llegar a ser algunos de los métodos propios de la investigación sociolingüística.

Al revisar las contribuciones hechas por los participantes en esas conferencias, hay que reconocer que Kroeber, Kennard y Lenneberg están del lado de lo concreto y particular; que McQuown y Tax parten de ese lado hacia el contrario, en un anhelo de generalización; que Voegelin representa una transición, y que Kaplan y Lounsbury hablan de diseños particulares de investigación, mientras que Fearing y Hockett, en el lado abstracto, muestran una propensión ampliamente metodológica y teorizante.

Voegelin señala la divisoria de las aguas en cuantos se inclina por iniciar el estudio con las aportaciones de Whorf, docimando sus hipótesis, pero haciéndolas extensivas —también— a otras lenguas americanas (que fue, precisamente, lo que trató de hacer Kroeber con el luisño).¹³

Kennard, a partir de su material hopi, llega a la conclusión de que mientras ciertos aspectos del idioma confirman las tesis restringidas de Whorf respecto de ese idioma, los otros son irrelevantes. Es lo primero lo que ocurre, por ejemplo, con un “pro-morfema que indicaría un esfuerzo de intensidad superlativa, y que podría sugerir el énfasis hopi en la persistencia”.¹⁴

Kroeber trató de encontrar en el luisño algo parecido a lo que Whorf vio en el hopi; pero, según su confesión, encontró sólo “un grupo de verbos pintorescos”. No encontró, según él dice, nada más que pudiera considerarse como elemento diferenciador del sistema lingüístico luisño frente a los sistemas lingüísticos indo-europeos o los yokuts que él había estudiado anteriormente.¹⁵

Todo esto revela, entre otras cosas, que hay muchas investigaciones lingüísticas (y, más aún, sociolingüísticas) que avanzan casi en la oscuridad, puesto que no se tienen datos suficientes, obtenidos de la

realidad; pues se carece aún de aquellos gracias a los cuales se podrían hacer comparaciones y comprobar o invalidar las hipótesis respectivas.

Es por eso por lo que Greenberg indica que, entre las necesidades futuras, una de las más apremiantes será la de contar con un diccionario apropiado, con una gramática completa y con textos numerosos y extensos, debidamente traducidos del hopi, antes de que alguien pueda aventurarse a hacer una docimasia científica de las hipótesis whorfianas.¹⁶

Voegelin se refiere concretamente a los hallazgos de Whorf sobre el hopi, a la posibilidad que hay de someterlos a prueba, y a la que habría de extender sus hipótesis a otras áreas del idioma.¹⁷ Al hacerlo, sugiere la conveniencia que habría de preparar unos diagramas (o unas películas, según el refinamiento propuesto por Fearing) capaces de sugerir movimiento o de evocar otros conceptos físicos semejantes. Esos diagramas (o películas) habría que someterlos a la consideración de los hopi-parlantes, pidiéndoles que los describieran. Esa descripción debería de ser examinada, en seguida, por el investigador, para ver si en ella se encontraban o no los patrones de los que habló Whorf o si, por el contrario, se habían utilizado recursos expresivos distintos de los que él creyó reconocer.

El interés de Tax —no ya particular, sino específico y aún genérico— apunta hacia la necesidad que hay de estudiar grupos completos de lenguas americanas y de contrastar —en estos respectos: 1) a unas con las otras, y 2) a todas y cada una de ellas con las de fuera de América.¹⁸ Tax piensa —en efecto— que en la comparación y contraste a) de las lenguas mesoamericanas entre sí, b) de ellas y las norteamericanas, y c) de todas las americanas entre sí y en contraste con las europeas, se puede vislumbrar hasta qué grado una mentalidad se refleja en la lengua correspondiente.

Tax considera que al ampliar el campo de observación y exagerar los detalles (por el refuerzo mutuo que se prestarían las observaciones hechas en las diferentes lenguas) se obtendrían más recursos para trabajar que cuando se observan una lengua, una sociedad, una cultura y las relaciones entre cada una de ellas y las otras dos.

Hoijer cree ver en esto un esfuerzo para construir una tipología de “mundos de pensamiento”, hecha a partir de datos lingüísticos, y señala que esos esfuerzos son aún demasiado ambiciosos pues siguen rebasando las posibilidades que se tienen en estos momentos.¹⁹

Sin embargo, si bien el pensamiento original de Tax y la interpretación de Hoijer pueden apuntar en ese sentido tipológico —criticable en las primeras etapas de la investigación— nosotros preferiríamos interpretar su intervención en el sentido que ya delineábamos: el de considerar a las otras lenguas sólo como puntos de apoyo, para descubrir, por similitud o por contraste, los rasgos salientes de una de las del conjunto.

Lo interpretaríamos también en el sentido que parece simpatizar a Hackett:²⁰ en el de una impregnación mayor del investigador por la

realidad sociolingüística, gracias a la absorción que haga de materiales más variados, recogidos en un recorrido por zonas más extensas de la realidad lingüística; gracias —incluso— a la introducción de la dimensión “tiempo”, que permite precisar a) cuáles son las incongruencias que pueden existir dentro de un sistema lingüístico, y b) fecharlas para obtener el contorno amplio y preciso de dicho sistema.

Una interpretación como ésa (uso de muchas lenguas para poner de relieve los rasgos de una, más que para encontrar los rasgos genéricos, comunes a todas) marcha paralelamente a las indicaciones de Hoijer. Él señaló, también, que todo investigador es víctima de un linguocentrismo del que tiene que librarse para poder trabajar eficazmente. En efecto, cualquier metodología prudente tiene que comenzar por liberar al investigador de la cárcel idiomática en la que está prisionero, mediante el contraste de su propio modo de hablar con los de quienes hablan en forma distinta de la suya y en lenguas diferentes de la que él emplea.

Al referirse a la proposición de Hockett para introducir la dimensión histórica, Hoijer señala que, en este empeño, Latinoamérica podría servir de laboratorio, en vista de que aquí “hay poblaciones que hablan idiomas muy distintos, que han convivido durante mucho tiempo, y que han llegado a constituir nuevas culturas, por haberse influido mutuamente”.²¹

MacQuown —quien fue maestro nuestro en la Escuela Nacional de Antropología, aquí, en México— corroboró esto; lo hizo con ejemplos concretos, y agrupó en unas pocas las variadas influencias observables entre nosotros, en cuanto: 1) las hay directas, de una lengua indígena sobre otras; 2) las hay directas pero entre cada una de esas lenguas indígenas y el español, y 3) las hay indirectas, del castellano sobre una lengua indígena, a través de otra u otras lenguas (o quizás de una lengua indígena sobre el castellano a través de otra lengua indígena).²²

Voegelin hace observar que, fuera de los préstamos, los cambios en las lenguas indígenas de lo que hoy es Latinoamérica han sido casi nulos,²³ lo cual no pasa de ser una hipótesis plausible pues no se tienen registros lingüísticos completos y —menos aún— textos continuos, de la mayoría de ellas. Eso no impide reconocer que, culturalmente —a pesar de la diversidad inicial— la influencia española se dejó sentir por doquier y que, a resultas de ello, Latinoamérica ha llegado a ser una realidad *relativamente* homogénea, a pesar de los distintos sustratos indígenas de sus diferentes zonas.

Esto explica el gran interés del propio Voegelin por los préstamos, en cuanto en ellos se refleja el proceso de transculturación (que, como reconoce Gillin, es “de doble sentido”). En efecto, los nuevos elementos de cultura (material o no) que adquiere un grupo indígena, se pueden expresar recurriendo a términos europeos; pero, también se les puede designar mediante expresiones descriptivas de origen nativo, o por medio de una ampliación del sentido de algunas voces que ya existían

en el idioma. Cada uno de esos procedimientos revela, en el grupo que lo emplea, diferentes actitudes sociolingüísticas.

Como señala Lenneberg, en esta búsqueda, el investigador corre ciertos peligros. Uno de los mayores es el que consiste en la alta probabilidad que tiene de obtener reacciones puramente *verbales* en dos lenguas distintas.²⁴ Es cierto que, después de haberlas obtenido, puede comparar esas respuestas o reacciones meramente verbales; pero, al intentarlo, lo hará sin contar con una piedra de toque, de carácter extralingüístico, y se estará moviendo —así— en un vacío social, en un mundo alucinante, no en la realidad.

Para evitar ese peligro, Lenneberg sugiere algo que nos hace evocar el análisis de la variancia; pero, la que él pide que se practique, en este terreno, tendría que ser más compleja que la acostumbrada en otras aplicaciones de esa técnica estadística. El dice: “Sujetemos a los angloparlantes a ciertos estímulos físicos, y registremos sus respuestas lingüísticas. De esos estímulos, unos provocarán respuestas bastantes uniformes; otros producirán respuestas lingüísticas variadas; la variación que así se manifieste entre estímulos podrá ser mayor, igual o menor que la que se manifieste entre los hablantes individuales”. “Una vez que tengamos esos resultados —continúa Lenneberg— podremos repetir el experimento con los hablantes de hopi, para tener una base común sobre la que comparar las dos culturas”.²⁵

O sea, que, por esa vía, se tendría: una variación entre respuestas dadas a diferentes estímulos; otra, entre las respuestas que se deben a diferentes individuos —así correspondan a un mismo estímulo— y, otra más que, para el mismo estímulo y para individuos de carácter parecido, corresponda a diferentes culturas.

A partir de intervenciones como éstas, se puede listar toda una serie de atisbos sobre experimentos *muy delimitados* que podrían realizarse con el fin de determinar las conexiones entre la lengua y la mentalidad.

Algunos de esos experimentos parten de otros modos de experimentación ya conocidos y utilizados en otros campos; algunos otros toman éstos y los modifican; otros más responden a concepciones nuevas, más o menos artificiosas y más o menos afortunadas.

Lounsbury señala, así, la posibilidad de aplicar la técnica etnográfica, “por la que: 1) nos concentramos en todas las actividades de la sociedad. 2) describimos lo que las acompaña —sea o no lingüístico— y 3) vemos ambas cosas, no como relacionadas, correlacionadas o ligadas en calidad de causa y efecto mutuos sino como clases de elementos que a) difieren entre sí dentro de un sistema único, y que b) están dirigidas a actividades de cierta clase”.²⁶

En otra de sus intervenciones, el propio Lounsbury alude a otra posibilidad. Él cree que se podrían utilizar las técnicas de tipo Rorschach —modificadas— para descubrir si son operantes o no ciertas diferencias semánticas. La referencia concreta la proporcionan los iroqueses

orientales y los occidentales, ya que cada uno de ellos tiene una manera propia de designar al caballo, pues mientras para unos es "algo que tira de las riendas", para los otros es "algo en lo que se va montado".²⁷

Fearing critica la sugestión de Lounsbury porque considera que, en cuanto la técnica original depende de la ambigüedad del estímulo, puede resultar inadecuada para la aplicación lingüística que —en contraste— requiere que se evite (por lo menos hasta cierto punto) esa ambigüedad. En efecto, al quedarse en lo ambiguo, el investigador propicia la aparición de otras estructuras sociolingüísticas, indeseables para su propósito.²⁸

Wright —en su calidad de sinólogo— indica que "podría resultar útil recoger las observaciones de los primeros misioneros que llegaron a China, y las de quienes estuvieron, han estado o están en otras tierras de misión", porque —a través de ellas— se puede descubrir lo que —de acuerdo con la mentalidad del viajero o del misionero— resultaba o resulta extraño e inaceptable en esas tierras y entre esos pueblos, que él comenzaba o comienza o ha de comenzar a conocer.²⁹

Kaplan, por su parte, se refiere a que se podría usar la técnica de "re-traducción convergente" para descubrir la discrepancia que puede haber entre las concepciones metafísicas implícitas en dos o más lenguas. Pero, también alude a un experimento en el que se debería de trabajar empleando proposiciones que incorporaran la metafísica "que podría esperarse de un Aristóteles o de un Platón de la cultura", así como con otras proposiciones que, por el contrario, incorporasen una metafísica que les resultara extraña e inadmisible, pidiendo a ciertos grupos de hablantes que tradujeran esas afirmaciones —bizarras para ellos— a su propia lengua.³⁰ La dificultad (sociolingüística) del experimento la ha puesto de manifiesto Hoijer, al señalar que hay sociedades en las que *no es común que esas afirmaciones las haga cualquier persona* (aunque cualquiera pudiese llegar a hacerlas, si se diere el caso) pues la división social del trabajo propicia el que sólo a ciertas personas se les considera autorizadas para filosofar de un modo habitual y "profesional".

Hockett y Fearing son quienes se orientan más directamente hacia el meollo problemático de la metalingüística, en cuando apuntan hacia un centro metodológico importante: el constituido por los intentos de diseño de las investigaciones respectivas.

Hockett piensa que —antes que nada— hay que determinar si lo que aportó Whorf fue, en realidad, un conjunto de hipótesis o si fue la suya, únicamente, una terminología; pues, en caso de que se trate de esto último, lo que convendría sería evaluar ésta contrastándola con otras. El criterio a emplear debería ser —en su opinión— el de determinar hasta qué punto la hipótesis mayor puede resultar fructífera en la producción de otras menores que resulten dignas de ser sometidas a prueba.³¹

Fearing, por su parte, plantea un problema teórico-práctico de extra-

ordinario interés: el de determinar cuáles son los problemas de diseño de investigación que se encuentran implícitos en la observación del comportamiento lingüístico. Hay uno, sobre todo, que es como un reto para el sociólogo, y que consiste en definir cuál es la clase de unidades de comportamiento que tendría que buscar el investigador, y en cuáles condiciones debería buscarlas.³²

Como aclara Fearing, él quiere dar a entender, con el término “unidades”, ciertos “patrones presumiblemente congruentes con lo que se predica a través del patrón lingüístico, sea que esas clases de comportamiento lleguen a ocurrir o no en forma preponderante”.

En efecto, Fearing piensa que había que establecer ciertas hipótesis sobre cuál sería el comportamiento más probable en una comunidad, a partir del análisis lingüístico. O sea, que habría que hacer ciertas predicciones sobre la conducta, a partir de las manifestaciones lingüísticas correlativas. En seguida, habría que docimar esas hipótesis por algún medio, que él cree que habría que precisar también.

A ello, agrega en forma más concreta:

“Imaginemos que la hipótesis afirma que, con base en el análisis lingüístico, hay una preocupación por la vergüenza o por la culpa. Tendríamos, entonces, un problema por lo que se refiere a las unidades de comportamiento culpable, independientemente del comportamiento lingüístico”.³³

Nos parece que para la solución de este problema se podrían encontrar sugerencias útiles debidamente concretadas en *La medida de la delincuencia* de Sellin y Marvin, en donde se trata de precisar, en forma parecida, qué es lo que puede constituir una “unidad delincencial”. Pero, aunque la literatura sociológica proporciona los medios para realizar esta labor, quizás haya —también— otra necesidad: la de ejecutar una reducción lingüística de las definiciones correspondientes.

La Conferencia a la que aludimos, y las intervenciones de sus participantes muestran suficientemente cómo se buscan —todavía en forma muy vaga y tentativa— las conexiones entre la lengua y la mentalidad, y cómo aún no se configuran los métodos más idóneos para investigarlas.

¹ Olga S. Akhmánova: “Linguistics and the Quantitative Approach” Rapport. *Actes du Xe Congrès International des Linguistes*. Publié sur la recommandation du Conseil International de la Philosophie et des Sciences Humaines (UNESCO). Editions de l'Académie de la République Socialiste de Roumaine. Bucarest, 1969. pp. 151-6.

² O. S. Akhmánova: *Opus cit.*, p. 151.

³ Idem.

⁴ Tatiana Slama-Cazacu: *Actes, cit.* pp. 157-60.

⁵ H. Spitzbardt: *Actes*, pp. 160-1.

⁶ A. R. Chakraborty: “Machine Translation and Allied Problems”. *Anuvad*, No. 3, 1966, p. 20. Citado por Spitzbardt.

⁷ Miclau, P.: *Actes*, p. 163.

- ⁸ Henri Lefebvre: *Le Langage et la Société*. Colletion Idées. N.R.F. Gallimard, 1966.
- ⁹ H. Glinz: *Actes*, pp. 165-6.
- ¹⁰ A. Ludskanov: *Actes*, pp. 166-7.
- ¹¹ P. L. Gavin: *Actes*, p. 168.
- ¹² Salomón Marcus: *Actes*, pp. 169-71.
- ¹³ Voegelin: Discusión de "The strategy of Rescarech in the interrelations of Language and other Aspects of culture" en *Language in Culture*. Edited by Harry Hoijer. The University of Chicago Press. Chicago, 1954. p. 266.
- ¹⁴ Kennard: Participación en esas discusiones, reproducida en Hoijer (Ed.) *Language and Culture*. p. 263.
- ¹⁵ Krober: Participación reproducida en *Opus cit.*, p. 264.
- ¹⁶ Greenberg: Participación reproducida en *Opus cit.*, p. 274.
- ¹⁷ Voegelin: p. 266.
- ¹⁸ Tax: Participación reproducida en *Opus cit.*, p. 277.
- ¹⁹ Hoijer: p. 278.
- ²⁰ Hockett.
- ²¹ Hoijer: Lat. laboratorio p. 275.
- ²² McQuown: p. 275.
- ²³ Voegelin: p. 275.
- ²⁴ Lenneberg: p. 266.
- ²⁵ pp. 266-7.
- ²⁶ Lounsbury: p. 268.
- ²⁷ Lounsbury: *Opus et z locus cit.*
- ²⁸ Fearing: p. 269.
- ²⁹ Wright: p. 274.
- ³⁰ Kaplan: idem, p. 274.
- ³¹ Hockett: p. 272.
- ³² Fearing: p. 265.
- ³³ Thorsten Sellin y Marvin E. Wolfgang: *The Measurement of Delinquency*. John Wiley & Sons, Inc., New York, London, Sydney, 1964.